

La gestación de un vampiro



NUEVAS EDICIONES DE LA OBRA DE BRAM STOKER Y 'LA HISTORIADORA' RESUCITAN A DRÁCULA

SUSANA JIMÉNEZ
BARCELONA

'DRÁCULA'
AUTOR: Bram Stoker
TRADUCCIONES: Mario Montalbán / Oscar Palmer Yáñez
EDITORIALES: Mondadori y Valdemar

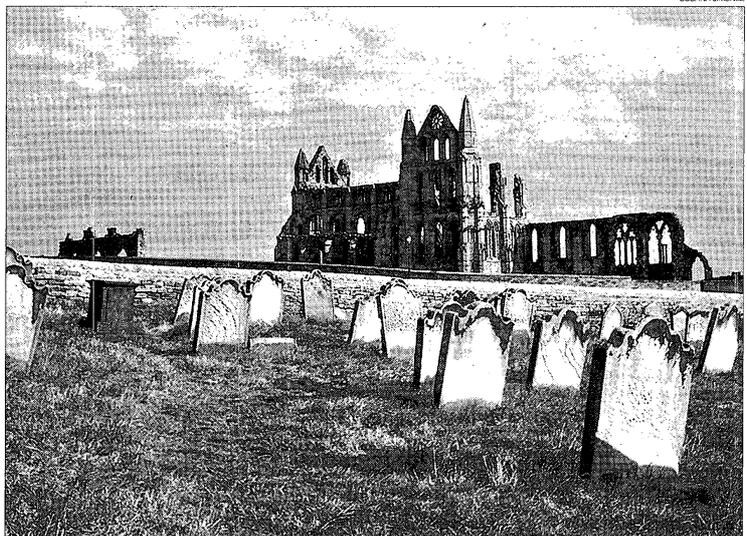
Cuento de viejas o no, todavía hay niños en Whitby -el pueblecito de Yorkshire, en la costa noreste inglesa, bañado por el mar del Norte- que colocan sus zapatos en la ventana mirando a las impresionantes ruinas de la abadía del siglo VII que, desde un acantilado, dominan la localidad, para que se les conceda un deseo por obra y gracia de su fundadora, santa Hilda, la abadesa, cuyo fantasma aparece en noches tormentosas.

La espiritualidad del templo inspiró el nombre de esta localidad portuaria: Witebia (lugar blanco o puro). Un candor velado en 1893, cuando desembarcara en sus costas Drácula, una de las criaturas más famosas de la literatura, siguiendo los pasos de su creador, el dublinés Bram Stoker. Tras 115 años, el mito permanece vivo, como demuestran las dos nuevas ediciones de la novela *Drácula* -en Valdemar (con fotografías e ilustraciones) y en Mondadori (este mes a la venta, con prólogo de Rodrigo Fresán)- y el éxito del best-seller vampírico *La historiadora* (Umbriel / Edicions 62), de Elisabeth Kostova.

En agosto de 1890, Stoker hizo mucho más que cualquiera de los turistas que, como hoy, recalan en Whitby para hartarse de arenque ahumado, beber té o buscar gangas de su famoso azañate (con poderes mágicos contra la brujería). Alojado en el número 6 de Royal Crescent, el escritor iba a pasar unas vacaciones en familia, pero también a desarrollar una idea que le rondaba sobre "un viejo muerto resucitado". En un primer momento, no había referencia alguna a vampiros en las primeras

notas de Stoker sobre la novela. En las 80 páginas (mecanuscritas y mecanografiadas) con los apuntes y notas que Stoker tomó para la génesis de *Drácula* que su viuda, Florence Balcombe, malvendió a Sotheby's al año de la muerte del escritor, ya había de todo: notas sobre libros de nigromancia, información sobre supersticiones y la extirpación de coágulos de sangre, características de los vampiros, inscripciones de tumbas... ¿La chispa inicial? Algunos estudiosos hablan de las historias que le contaba de niño su madre, especialmente de la plaga de peste que asoló Irlanda en 1832. La teoría más célebre, sin embargo, es la que cuenta que, tras una generosa cena de cangrejo fresco en Whitby, Stoker tuvo una pesadilla donde se le apareció -en palabras de su hijo- "un Rey vampiro levantándose de la tumba para ocuparse de sus atroces asuntos".

Sobrado de equipaje desembarcó pues Stoker en Whitby, un bagaje repleto de historias sobre vampiros que, amén de escuchadas en boca de su madre, también había leído. Tampoco fue ajena, según otras fuentes, la relación pseudovampírica que el autor mantenía con el despótico actor teatral Henry Irving, del que Stoker era secretario y mánager. El escritor intentó dar vida a "una criatura inmortal que inmortalizara a su intérprete", escribe Fresán en su prólogo. Puso ingredientes -como recoge Juan Antonio Molina Foix en su edición de Cátedra (1993)- de la obra preferida de Irving, *Macbeth* (rey guerrero en castillo deshabitado, tres hermanas misteriosas...) y hasta quiso reflejar el porte aristocrático del actor en la figura del conde. Pero el intento de ganarse el respeto de Irving como dramaturgo no acabó bien. Ocho días antes de la publicación de *Drácula*, en 1897, tuvo lugar una lectura dramati-



► Cementerio: ► Stoker anotó las inscripciones de 87 lápidas funerarias del camposanto de Whitby.

EL AUTOR

Una pluma forjada entre bambalinas

Si hay un caso de "canibalismo literario" como califica Rodrigo Fresán el hecho de que un personaje devore a su creador, es el de Abraham Stoker (Dublín, 1847 - Londres, 1912), que quedó ligado a *'Drácula'* a pesar de haber escrito 10 novelas y numerosos cuentos.

La madre de Bram estimuló con relatos de terror la imaginación de su hijo, en cama hasta los 8 años por una enfermedad que conllevó multitud de sangrías. Además de la escritura, el teatro fue su gran pasión. Bram Stoker, un hombretón pelirrojo de ojos azules, se obsesionó con el despótico y egocéntrico actor Henry Irving.

zada del texto para asegurarse el copyright. A media sesión, Irving salió y pronunció un solo adjetivo: "Espantoso".

El asunto de los derechos naciera en 1922 cuando, sin permiso de la viuda de Stoker, F.W. Murnau trasladó a la pantalla *Drácula*, que rebautizó para evitar el copyright como *Nosferatu*, el vampiro. Florence ganó la lógica demanda: cuya sentencia ordenaba quemar todas las copias del filme. El azar quiso que algunas se salvaran al llegar unas cintas de contrabando a EEUU.

Whitby, antaño enclave de moda entre la clase intelectual inglesa, es hoy lugar de peregrinaje para góticos incondicionales -con museo kitsch dedicado a *Drácula* y tours guiados- y uno de los mejores sitios para comer *fish and chips* en sus restaurantes. En uno de ellos se adentró Stoker hace más de un siglo, cuando albergaba la biblioteca local, cuyo extenso fondo yace hoy en día en el museo de la localidad, donde junto a mariposas disecadas, huesos de animales y memorabilia náutica con James Cook -el explorador marítimo- como estrella, pasó a ser custodiado por una de las atracciones turísticas más morbosas de la localidad: la Mano de Gloria, la mano momificada de un crimi-

nal ejecutado, amuleto utilizado por los ladrones que colocaban una vela encendida entre sus dedos para evitar así que los habitantes de una casa se despertaran mientras la desvalijaban.

En este escenario reposa aún el libro *An account of the principalities of Wallachia and Moldavia* (1820) (*Informe de los principados de Valaquia y Moldavia*), de William Wilkinson, cónsul inglés en Bucarest. En sus páginas, Stoker hallaría un alias que haría historia: *Drácula*. Le gustó la sonoridad exótica y extranjera del nombre, cuyo origen provenía de Vlad III (1431-1476), el cruel y sanguinario príncipe del remoto Estado rumano de Valaquia cuyo padre era miembro de la Orden del Dragón. Por ello al también conocido como Vlad Tepes el Empalador, por su costumbre de empalar a sus enemigos en estacas de madera, le apodaron *Draculea* o *hijo del Diablo*. El propio escritor aclararía que el *Drácula* de su novela pertenecía a la familia de los Szekeley, una tribu de una etnia descendiente de Atila. En cualquier caso, todo mucho más sugerente que el nombre de conde Wampyr que había barajado desde 1892, aunque Bram Stoker acabó titulado su obra con el nombre de un villano.

SUSANA JIMÉNEZ